

Una carta de amor al amigo íntimo muerto

Cuando se habla de una gran historia de amor, de grandes libros de amor, todavía sigue funcionando una idea bastante viejuna: la de que ese sentimiento se da entre los dos miembros de una pareja. Lo del amor 'romántico', vaya. Como mucho, se llega al de los progenitores a su descendencia o al revés, y ya abriendo mucho mucho el abanico, al que se da entre hermanos. A veces a eso se le llama cariño, afecto y tal, no sea que nos confundamos. Lo que Juan Bas cuenta en su último libro, *El Pensamiento Vuelve a la Sangre* (Reino de Cordelia) que lleva por título —una frase que le escribió al final de su vida Fernando Marías—, es una larguísima y preciosa historia de amor entre amigos, la de Marías y él mismo. “Hay cosas que él sabía de mí y que yo sabía de él que no sabrá nadie más. Es la persona a la que más he conocido. Y él a mí. Nosotros amábamos a las mujeres, pero esta amistad es una relación de amor, más apacible”.

Fueron amigos desde chiquitillos, desde que un pequeñísimo Juan iba a casa de sus abuelos en “el primero de Iturriza 5” y subía a jugar al quinto, donde vivían los Marías. La foto más antigua que tienen juntos es de 1963; Bas tenía tres años, Fernando año y medio más. Aparece en el libro, como otras muchas tomadas a lo largo de décadas. Al hacer la cuenta, salen unas cuantas (décadas y fotos). Desde aquellos años hasta el terrible mes de fe-



Juan Bas le dedica este libro a su amigo íntimo, el escritor Fernando Marías

brero de 2022 en el que Marías murió. Y siempre estuvieron en contacto, al principio codo con codo, después cada uno en una

ciudad pero con llamadas y quedadas constantes. “A medida que íbamos haciéndonos viejos, hablábamos más de lo cotidiano,



íbamos a restaurantes más baratos, íbamos a lo sencillo”, explica el autor de *El Pensamiento Vuelve a la Sangre*.

Al principio, solo soñaban a lo grande. ¿Quién iba a decir que dos chavales de Bilbao iban a poder dedicarse a la escritura, tanto de libros como de guiones? Ellos eran de “soñar despiertos” y lo lograron. El relato de este libro, que es “un exorcismo para mí y un homenaje a la memoria de Fernando”, es el de su amistad, sus gustos compartidos —la comedia italiana tiene, como

merece, capítulo aparte y define, con su humor, una manera de enfrentarse a la vida—, “la vejez y sus arrepentimientos, yo sé que él se arrepentía de no haber dirigido nada de cine”. Y va dejando constancia del tiempo en el que se desarrolló. “Fue uno muy divertido. Y nosotros, dos farsantes, en el sentido de que íbamos dando tumbos, haciendo de todo”.

La muerte de Fernando fue un “terrible golpe” para Juan. “Mi amigo íntimo muerto”. Enseguida supo que tenía que escribir sobre él para atravesar el duelo. O más bien, a él, de tú a tú, como si la conversación no se hubiera interrumpido. Empezó a los veinte días del fallecimiento. Dejó descansar el texto y entonces, en febrero del año pasado, le dio un infarto. Estuvo consciente todo el tiempo. “Y vivaz”. Lo cuenta también, con mucho humor. El que mantuvo en ese momento. “¿Veré este libro publicado?”. Siguió escribiendo en el hospital. Hay amistades así.

Elena Sierra

La vida de novela de María Moliner

María Moliner, cuando rondaba los cincuenta años y ya había criado a sus cuatro hijos y trabajado entre archivos y bibliotecas durante casi tres décadas, empezó a sentir lo que llamaba la “melancolía de las energías desaprovechadas”. Es una sensación que puede convertirse en un mal, el de saber que una tiene energía y conocimiento de sobra pero que ya no hay dónde volcarlos. Y así, a una edad en la que debería haber comenzado a pensar en disminuir la actividad, tal vez a poner ya la vista en el horizonte del retiro —hablamos de los años cincuenta del siglo pasado—, se empeñó en escribir su propio diccionario. Ese que se conoce por su nombre —aunque el original es otro— y que parece que se la ha comido. Todo el mundo sabe de Moliner que construyó ese manual de consulta de la lengua, traduciendo a un lenguaje “de cercanía, nada académico pero sí muy riguroso”, como dice Andrés Neuman, los vocablos que en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, a veces, solo llevaban a tener que consultar otras palabras para enterarse de algo. Esas 80.000 pala-



Andrés Neuman se sumerge en la vida de esta mujer conocida por todos

bras registradas en dieciséis años de trabajo es todo lo que mucha gente conoce de esta figura. Es mucho y a la vez muy poco.

El propio Neuman, convertido ahora en su biógrafo gracias a los casi ocho años de estudio y

escritura que se han convertido en la novela *Hasta que empieza a brillar* (Alfaguara), había usado muchas veces el María Moliner tanto mientras estudiaba Filología como a lo largo de su ya larga trayectoria de escritor. Y sin em-



bargo, no sabía todo lo que sabe ahora: que esta mujer nacida con el siglo XX empezó a trabajar a los doce años para poder financiarse sus estudios; que su padre abandonó a la familia y solo les legó el amor por los estudios, su entrada en la Institución Libre de Enseñanza; que siempre siguió formándose; que fue de las primeras mujeres en estudiar Filología en Zaragoza; que fue archivera en Murcia y Valencia; que llegó a ser gestora de bibliotecas al más alto nivel durante la República y la Guerra Civil, cuando las Misiones Pedagógicas iban de acá para allá para acercar la cultura a tanta gente

analfabeta; que suyos son los manuales para organizar un sistema de bibliotecas estatal y el orden de las pequeñas y grandes bibliotecas; que tras la guerra, fue degradada “dieciocho escalones” y que jamás podría recuperar ni la mitad del alto cargo. Y que se casó con un Físico y tuvo cinco hijos, aunque solo cuatro sobrevivieron.

En *Hasta que empieza a brillar* Neuman tiene que novelar, partiendo de los textos de la propia Moliner —de su estilo, su ironía y su espíritu crítico, visibles en las definiciones de su diccionario— porque fue un mujer discreta que apenas quiso hablar en público, dejar constancia de lo que pensaba. Y es que el exilio interior también era eso: no significarse, no pronunciarse. “Sus definiciones son, sin embargo, una respuesta a las de la Academia, es una conversación”. Si los hombres que rechazaron su ingreso pusieron cosas como que una madre es la hembra que expele una cría, ella traduce cuidado por pensamiento, acudiendo a la raíz de la palabra y dándole un valor que otros negaban.

E. S.